

REDACCIÓN

CALLE DEL TUTOR, NÚMERO 41

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.	Un mes..... 1 peseta
	Trimestre... 2,50
	Año..... 10

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre..... 3 pesetas
	Semestre..... 6
	Año..... 12

## LA REPÚBLICA

Para conmemorar el aniversario de la proclamación de la República, hemos puesto a la venta el 11 de Febrero una magnífica oleografía, en más de veinte colores, representando a la República, en busto, de tamaño natural, al precio de 1'25 pesetas para los correspondientes y 1'50 para el público en general, siendo las dimensiones de la misma 17 x 39.

## CANTARES

En el cementerio entré,  
buscándote, gitaniña,  
y me contestó la muerte:  
«No se ha muerto todavía.»

Te estoy queriendo a rabiar,  
gitana de mis pecados,  
que es tan verdad que te quiero,  
como cinco y dos son cuatro.

Gitana, alarga tu mano  
y oye la buena ventura:  
No está muy lejos el día  
que las pagues todas juntas.

Cierra la boca en el baño,  
al meterse, mi gitana,  
y la mar sería chica,  
si fuese Ron de Jamaica.

Dicen que hay peste en Marsella,  
aunque venga no la temo,  
porque es peor mi gitana  
que el mismo cólera murmo.

En un buque del Mikado,  
gitana vete a la China,  
y dile a los japoneses  
que te den memorias mías.

## EL CABECILLA

El buen padre de almas acababa de decir misa, cuando le presentaron los prisioneros.

Estamos en un lugar agreste de los montes de Arichulegui. La hendidura de una roca, rodeada de espeso ramaje y cubierta como si fuera una toalla con un estandarte carlista, con franjas de plata, servía de altar. Por candelabros había dos alcarrazas esportilladas; y cuando Miguel, el sacristán que entonces ayudaba a misa, se levantaba para mudar del uno al otro lado el misal, oíase el ruido que producían al chocar los cartuchos en la repleta canana.

En derredor, los soldados de D. Carlos estaban formados silenciosamente, con el fusil a la espalda y una rodilla en tierra sobre la blanca boina.

Un sol fortísimo, el sol de Pascua en Navarra, concentraba sus abrasadores rayos sobre la dura roca, mientras que entre el follaje el chillido de algún mirlo pardo interrumpía de vez en cuando los salmos del padre ó de su acólito. Más arriba, sobre el pico recortado de la roca, varios centinelas de pie destacábanse en el cielo como inmóviles siluetas.

¡Singular espectáculo el de este padre, jefe de guerrilla, oficiando en medio de sus soldados! ¡Y cómo su doble existencia de cabecilla y cura se marcaba en su fisonomía! El aire estático, los duros trazos de su cara, acentuados aun más por el color bronceado del soldado en campaña; su acentismo, donde sólo faltaba la sombra del claustro; sus ojos, pequeños, negros, muy brillantes; la frente, surcada por enormes venas, que parecían allí situadas para ligar su pensamiento, fijo en una preocupación constante a un enmarañamiento inexplicable. Cada vez que se volvía hacia sus fieles con los brazos abiertos, y pronunciaba el *Dominus vobiscum*, veíasele relucir el uniforme por bajo de la estola, y la culata de un revólver y el mango de una faca catalana asomaban por entre la arrugada sobrepelliz.

—¡Oh! ¿Qué hará con nosotros?—se preguntaban los prisioneros con terror. Y mientras aguardaban el fin de la misa, todos los actos de ferocidad que del cabecilla se contaban, y con los cuales se había granjeado un triste renombre en el ejército carlista, cruzaban por su imaginación.

Por milagro, aquella mañana el padre cura estaba de humor de clemencia: la misa al aire libre, la victoria de la víspera y también la satisfacción de ser día de Pascua—sensibles aun a este extraño padre de almas—iluminaba su rostro, con un rayo de alegría y de bondad.

Terminado el oficio de la misa, no bien había recogido el sacristán el altar, encerrando los vasos sagrados en una caja muy grande que durante las marchas conducía un mulo, el cura se adelantó hacia los prisioneros.

Eran los prisioneros sobre una docena de carabineros del ejército republicano, abatidos, cansados por un día de batalla y una noche de angustias pasada sobre la paja del corral en donde habían sido encerrados después de la acción. Pálidos de terror, desfigurados por el hambre, por la sed y por la fatiga, apretábanse los unos contra los otros, como hacen las reses en el matadero. Los uniformes cubiertos de paja, los pertrechos en desorden, la agitación de la fuga, la intranquilidad del sueño, el polvo que los cubría desde los pies a la cabeza; todo contribuía a darles esa fisonomía si-

niestra de los vencidos, en que el desfallecimiento moral se revela por el abatimiento físico.

El cabecilla contempló un momento con sonrisa de triunfo. Experimentaba cierto regocijo en ver a los soldados de la República, humildes, pálidos, desmadrados en medio de los carlistas bien alimentados, bien equipados; mozos vascos y navarros, tostados y secos como algarrobos...

—¡Viva Dios!, hijos míos—les dijo con aire de bondad—la República trata bien mal a sus defensores. Estais por allí todos tan gordos como los lobos del Pireneo, cuando, las montañas cubiertas de nieve, bajan a los valles a aspirar el olor de la carne, atraídos por la claridad que se escapa por las rendijas de las puertas de las casas... ¿No tratan por allí mejor a los defensores de la buena causa? ¿Queréis seguir la nuestra, hermanos? Trocad ese cubre cabezas por la boina blanca. Tan cierto como hoy es día de Pascua, perdonaré la vida, dándoles los mismos víveres de campaña que a mis soldados, a todos los que griten «¡Viva el rey!»

Aun no había terminado esta arenga el bueno del padre, cuando agitando los roses por el aire resonaron por la montaña los gritos de «¡Viva el rey don Carlos! ¡Viva el cabecilla!»

Habían tenido tanto miedo de morir, eran tan tentadoras todas aquellas proposiciones, y además veían a sus pies enormes trozos de carne que los carlistas asaban en las hogueras del vivac, más rojas aún que la claridad del día, que yo creo que nunca el pretendiente fué aclamado con mayor sinceridad.

—Dadles de comer, dice el cura sonriendo: que cuando los lobos aullan con tanta fuerza, es que tienen los dientes afilados.

Los carabineros hartáronse; solo uno de ellos, el más joven, púsose en pie enfrente del cabecilla, en actitud altiva y resuelta, que contrastaba con sus facciones de niño, en donde apenas la barba sombreaba de un tinte dorado su cara. El capote que le estaba muy grande y del que tenía dobladas las mangas, descubriendo sus delgadas muñecas, le daba un aspecto más joven. Había fiebre en sus brillantes ojos, ojos de árabe avivados por la fiera española, que fijó tenazmente sobre el cabecilla.

—¿Qué es lo que quieres?—preguntó el cura.  
—Nada... Espero que decidas de mi suerte.  
—Tu suerte es la de tus compañeros. No exceptúo a nadie; la gracia es general.

—Los otros son unos traidores y unos cobardes... El único que no ha gritado he sido yo.

El cabecilla se estremeció.

—¿Cómo te llamas?—le dijo mirándole fijamente.  
—Antonio Vidal.

—¿De dónde eres?  
—De Puigcerdá.

—¿Qué años tienes?  
—Diez y siete.

—Vamos, por lo visto la República no tienes ya hombres, cuando se ve en la necesidad de reclutar chiquillos.

—A mí nadie me reclutó, señor cura: yo soy voluntario.

—¿No sabes, insensato, que tengo más de un medio para hacerte gritar: «¡Viva el rey!»

El rapaz hizo un gesto de desprecio, y dijo.  
—Os desafío a que me lo hagais decir,

—Entonces, ¿prefieres morir?

—Cien veces.

—Pues bien... morirás.

Hizo una señal el cura, y un pelotón de servicio, vino a colocarse en derredor del condenado, quien ni siquiera pestañeó.

Al ver esta entereza, el jefe tuvo un sentimiento de piedad.

—¿No tienes nada que pedir? ¿Quieres comer; quieres beber?—le dijo.

—Nada; contestó el reo... Soy cristiano, soy buen católico y no quisiera comparecer ante Dios sin antes confesarme.

El cabecilla, aun tenía puesta la sobrepelliz y la estola; mandó alejarse a los soldados; sentóse en una piedra, y volviéndose al carabinero le dijo:—Acércate.

Empezó el penitente su confesión; pero en medio de ésta se oyó una descarga terrible de fusilería hacia la entrada del desfiladero.

—¡A las armas!—gritan los centinelas.

El cabecilla corrió al punto a dar sus órdenes, distribuyó las fuerzas, cogió él mismo un fusil sin perder tiempo en quitarse la sobrepelliz, y cuando de nuevo se encará con el prisionero, que aun estaba de rodillas, ¿que haces tú ahí?, le dijo.

—Padre, espero la absolución—contestó el rapaz con la cabeza inclinada.

—Es verdad, te la tenía ofrecida. Y levantó la mano con la mayor gravedad, dándole su bendición.

En seguida, haciendo formar en semicírculo al pelotón de servicio que se había dispersado en el desorden del ataque, dió un paso atrás, hizo la puntería sobre su penitente y... le fusiló, disparándole a quemarropa.

ALFONSO DAUDET.

## UNA INTERVIEW CON D. CARLOS

Acabo de llegar a Venecia. Un *mestizo* de gran influencia en la «pequeña corte», es el encargado de presentarme en el palacio Loredán.

D. Carlos nos recibe muy afablemente. Buena estampa la de este Borbón! Alto, un poco grueso, de barba a lo capitán Ariza, que le llega hasta el pecho, ojos negros, de mirada interrogadora y boca sensual, este D. Carlos es un tipo verdaderamente varonil. Al verle se comprende su vida de aventuras, su célebre afición a las húngaras.

Enseguida nos hace sentar y nos dirige una serie interminable de preguntas, relacionadas todas con su «querida patria».

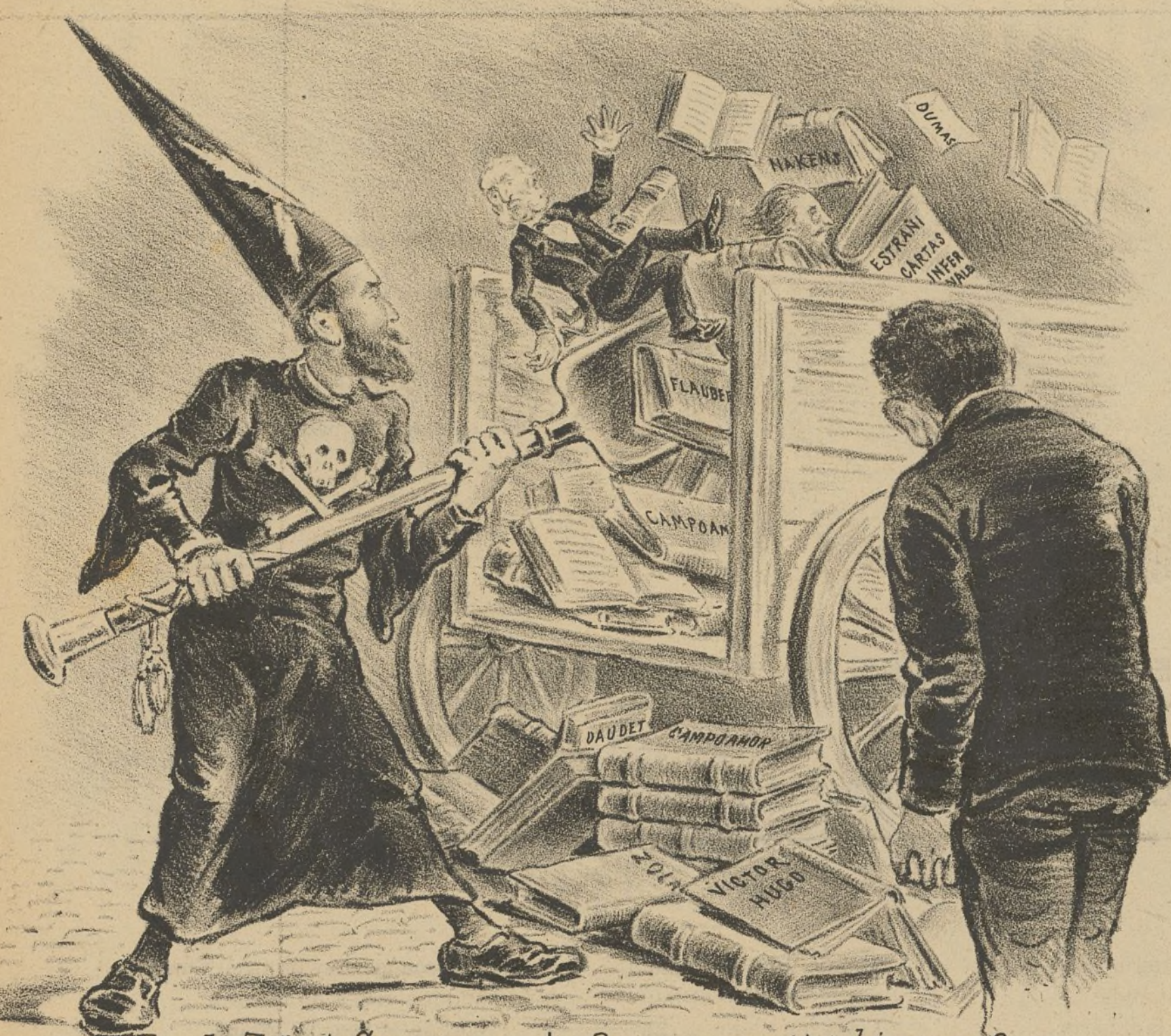
D. Carlos habla con esa graciosa volubilidad tan característica en las mujeres:

—¿De modo que es usted redactor de DON QUIJOTE? Conozco mucho ese periódico. Ese pícaro *Demócrito* hace muy bien mi caricatura. Paes sí, D. Jaime ha regresado sano y salvo. Está muy contento con su viaje por España. Continúa aun algo irritado a consecuen-



EN SANTANDER

# DON QUIJOTE.



-¿Desde Zola á Campoamor  
al carro de la limpieza?  
-Lopez, el inquisidor.



-¿Tu haces caso de un silbido  
y te ponen en un potro?  
Yo de tal cosa no cuido,  
pues me entran por un oído  
y me saen por el otro.



Tenemos paz con los moros  
pero apresan los barquitos,  
haremos LA VISTA GORDA  
no se produzca un conflicto.



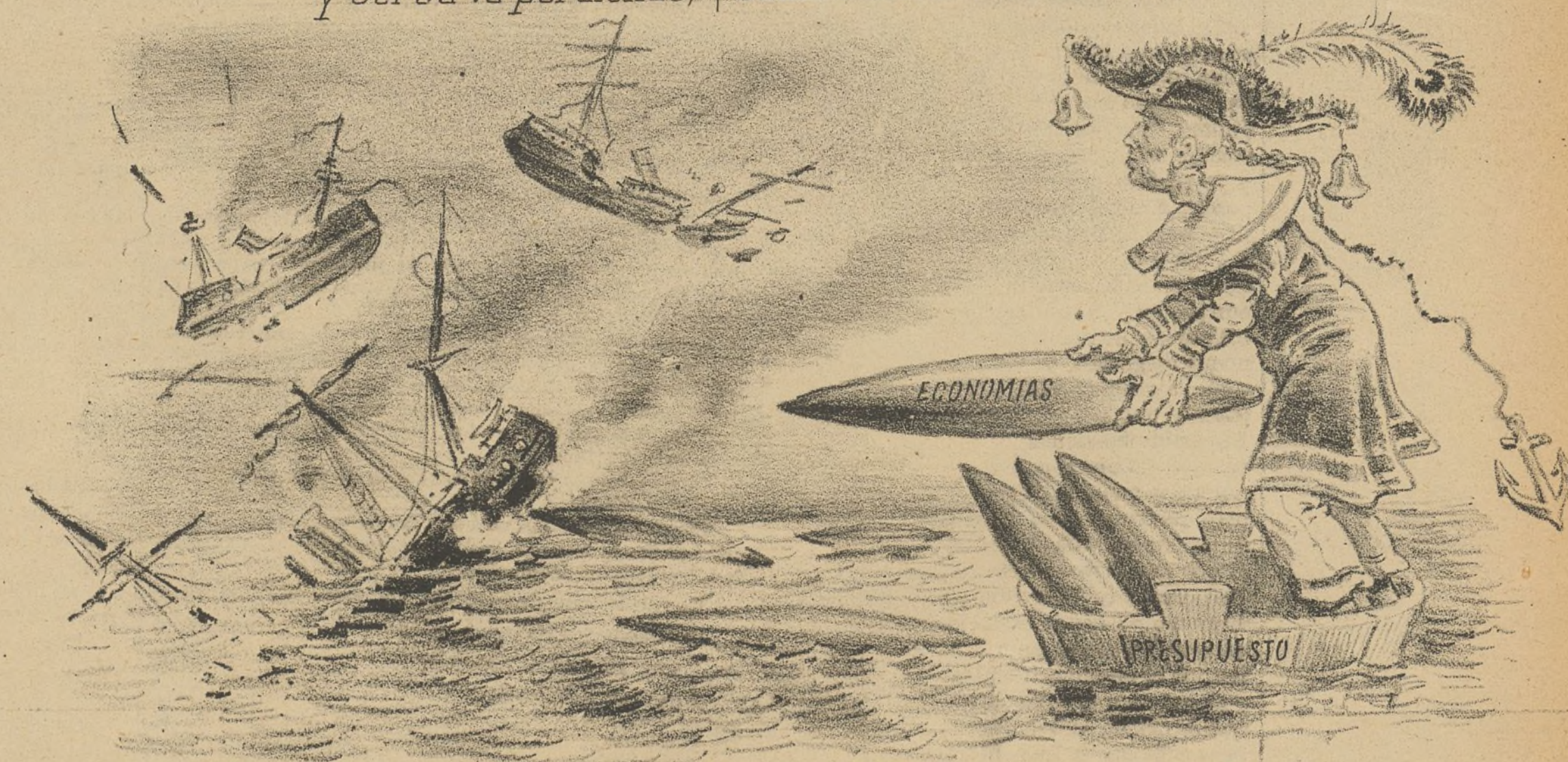
Esta es la justicia que manda hacer  
el alcalde Ronquillo de Santander.



-Calabazas le han dado-al inocente- como son de sus primas- mucho lo siente.



Pelean China y Japón  
y Corea va perdiendo,  
lo que allí está sucediendo  
ocurre en nuestra Nación



-Déjenle á este almirante japonés- y en su furia no deja ni un bauprés.



-No enseñes en la Concha- las pantorrillas, etc etc.



cía de su visita á Jerez. ¡Oh, es un gran español mi hijo! ¡Si lo oyeran ustedes! Se pasa la vida cantando aquello de

«¿Dónde vas con mantón de Manila?

¿Dónde vas con vestido chiné?...»

¡Y qué cosas me cuenta de su excursión por Andalucía! El pobre muchacho está muy entusiasmado con sus paisanas. ¡Bien se le conoce que es hijo de su padre! ¡Ah!, y canta también su poquito de flamenco. El otro día le sorprendi tocando la guitarra y cantando con mucho estilo y mucho *aquel*:

«Quisiera ser asno ó buey,

ó otro animal más mayor,

pá beber en la pileta

donde se lava mi amor.»

¿Eh? Miren ustedes que el cantar tiene gracia.

—¿.....?

—No; no puedo contestar á esa pregunta. El asunto «es de suyo» muy delicado. Claro es que no nos faltan ganas. Pero hay que esperar una ocasión oportuna. Puedo asegurarle á usted, sin embargo, que no nos dormimos en las pajas, como se dice vulgarmente. Sí; todo depende de las circunstancias.

—¿.....?

—Tampoco puedo contestarle á usted. *La Unión Católica* ha hablado algo de ese asunto. ¡Pero libreme Dios de pensar mal de mi hijo! No, no puedo creer en esa rebeldía de que han hablado los periódicos. ¡Y bonito genio tengo yo para sufrir imposiciones de nadie!

La conversación se iba haciendo algo difícil. Don Carlos lo comprendió así, y tendiéndonos su mano:

—He tenido tanto gusto en recibir á ustedes. Carlos de Borbón y de Este, de profesión, pretendiente; palacio de Loredán, etc., á sus órdenes.

Mi acompañante el *mestizo*, hombre avisado si los hay, le besó respetuosamente las manos, unas manos grandes y velludas, de hombre fuerte.

Cuando abandonamos el palacio oímos una voz fresca y alegre que cantaba:

«Disfrazado de perro de presa  
un carlista ha venido á Madrid...»

## DOLCE FAR NIENTE

*Qué deprisa el tiempo pasa,  
los días corren y vuelan,  
y conforme van pasando  
vamos cambiando de ideas  
de afectos, de pensamientos...*

¡Qué vida, qué vida está!

¿Por qué termina tan pronto  
la época veraniega?

¿Por qué situación tan grata  
debía de ser eternal?

Pero llegará Noviembre,  
de nuevo abriré las puertas  
de la Cámara, y allí,

al banco de la paciencia,  
á ser blanco de los unos,  
y de los otros defensa.

Todos contra mí á estrellarse,  
todos me piden, me asedian.

Los de enfrente, los *menores*,  
siempre con sus indirectas,  
poniéndome como hoja

de peregril, con fiereza,  
¡Qué de cargos me dirijen!

Gracias á que á mí me entran  
por un oído, y me salen  
por el otro. ¡Bueno fuera!

¡Oh! De los republicanos  
sé muy bien lo que desean,  
como que yo he profesado

hace tiempo sus ideas...

Junto á ellos, los carlistas  
cuando no discuten, rezan,  
y yo prefiero que rezen,

porque á mí me azora Mella.

Don Antonio con los suyos  
y Villaverde y Silvela  
son enemigos mortales,

aunque están á mi derecha,  
más todas las minorías  
no me disgustan, de veras,

como la gente de casa.

¡Esos si que son jaquecas!

El partido fusionista  
se parece á una camuesa  
que tiene buenos colores,

pero que en su seno encierra  
un gusano y le dá chasco  
al que pretende comerla.

Ese gusano es la envidia.

También mi bando asemeja  
un revólver descargado.

Porque el apuntado tiembla,  
y el que apunta, conociendo  
que es ficticia su defensa,

tiene más miedo que el otro,  
aunque eso no lo parezca.

En cambio aquí, que delicia,  
que magnífica existencia,

Aquí no huelo á Moret,  
que con su perfume apesta.

Aquí Alberto no me sigue,  
aquí no escucho á Becerra.

Ni Capdepón me hace gracias.

Ni López hace piruetas.

Ni Pasquin me habla de barcos,

como si de ello entendiera.

Ni el pacífico Groizard,

me da, cual siempre, la pelma.

Ni tengo que al sobrineto

ir llevándole la cesta,

como primer pelotari

de la política esfera.

Aquí no se de Gamazo,

de Maura, ni Canalejas.

D. Venancio no me pide,

ni ese Puigcerver me asedia.

Esto es vivir. Sobre todo,

con las treinta mil pesetas

que cobro por ser quien soy.

¡Ah! ¡Si durase la breva!

¡Qué existencia más dichosa!

¡Qué magnífica existencia!

Disfruto aquí de lo lindo

y nadie me pide cuentas.

Aquí en vez de sofocones,

tomo las aguas y etcétera

y no me pongo nervioso

y la bilis se está quieta.

¡Verano! ¡Santo verano!

Diciendo la mejor época.

Si hubiera sido verano

cundo la maldita guerra

no me rompí el peroné

ni me lastimé la pierna.

¡Qué feliz soy! ¡Qué agradable!

Se desliza la existencia

en este estado. ¡A soñar!

(da el reloj una hora entera)

A esta hora en el Congreso

comenzó ya la pelea,

demos, pues, al pensamiento,

como es justo rienda suelta.

La vida es sueño, soñemos,

justo, y que viva la Pepa.

Esto pensaba Mateo

á eso de las tres y media,

en Fitero muy tranquilo

estando echando la siesta.

## LOS CARLISTAS Y EL GOBIERNO

El gobierno sigue cruzado de brazos, á pesar de las voces de alarma que un día y otro viene dando la prensa á propósito de la actitud de los carlistas.

Cóstanos que no se han hecho investigaciones de ninguna clase para averiguar el fundamento de las graves preguntas que formulábamos en nuestro número anterior.

¡Dijérase que el gobierno está haciendo causa común con los carlistas!

Y ni una palabra más sobre este asunto. A nosotros, después de todo, ¿qué nos importa—á parte de los daños que pueda proporcionar á la patria una nueva guerra civil—estas luchas entre los partidarios de la monarquía constitucional y los partidarios de la monarquía absoluta?

No ya como republicanos, sino como españoles, hemos advertido el peligro de que estamos amenazados.

Y para que se vea que nuestra actitud de prudente desconfianza está justificada, que no nos hemos propuesto alarmar á la opinión inútilmente, copiamos en los siguientes párrafos que *El Correo Español*, órgano en la prensa de D. Carlos, dedica á los defensores de las actuales instuciones:

«Tranquiliense los tímidos cristianos, que todavía no ha llegado la hora del combate. Ciento que los aprestos no se interrumpen, ni los carlistas nos dormimos en las pajas; pero la hora señalada para la lucha, aunque no está lejana, no ha llegado aun.

Cuando los cristinos vean á su señora atravesar la frontera con toda la impedimenta real, custodiada como doña Isabel únicamente por los carlistas—que hasta en estos detalles prueban lo caballeros que son—entonces estará justificado el miedo que hoy revelan los servidores condicionales de la dinastía Hapsburgo.

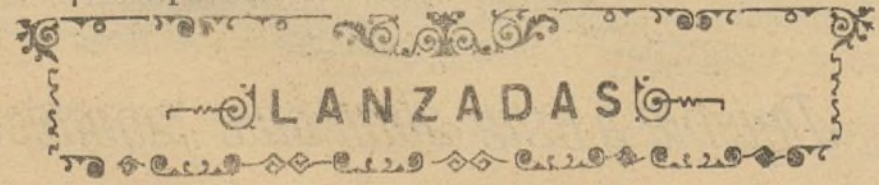
Lo que pueden hacer durante este interregno es ir preparando la maleta.

Porque la sacudida va á ser tan tremenda que no va á dejar en pie ni uno solo de los fundamentos de esta sociedad decadente y corrompida.»

De modo, que ya lo saben los señores «cristinos».

Ha llegado el momento solemne de hacer las maletas, según *El Correo Español*.

¡Pues por nosotros!...



El Sr. Crespo, dueño de la fábrica de gorras «La Palma Española», establecida en el núm. 6 de la calle de Arango, nos ruega hagamos constar que no ha recibido de nadie el encargo á que aludíamos en nuestro

número anterior, de fabricar un determinado número de boinas.

Conste así, para tranquilidad del Sr. Crespo.

Pero conste también que en Chamberí hay más de una fábrica de gorras.

Algunos periódicos se extrañan de que el ministro de Marina no haya visitado aun el *Nautilus*.

¡Pobre señor, temerá marearse!

Pasquin en San Sebastián,

D. Práxedes en Fitero,

D. Trini en Fuenterrabía...

¡Pues señor, vaya un gobierno!

Los rifeños, según frase de un diario conservador, «siguen enseñándonos los dientes».

¡Si se los hubiéramos arrancado á tiempo!...

Regocijémonos.

Ya ha terminado el conflicto de Zaragoza.

La valla de la Aljafaría ha sido derribada de real orden.

Y de real orden también han venido al suelo el general Bargés y la seriedad del gobierno.

Ha muerto la ciega del Manzanares.

Dícese que la sustituirá en el puesto que deja vacante el poeta Fernández Grilo.

El Sr. Silvela ha declarado al corresponsal en Burgos de *La Correspondencia*, que cree indispensable que todo gobierno tenga como base de su programa la más estricta moralidad administrativa y política.

Pues en el partido conservador sobran representantes de esos dos principios de moral.

Y vamos á citar como ejemplo solo dos nombres.

Los nombres de los Sres. Bosch y Romero Robledo.

Los vecinos del pueblo de Sorvilán han recibido á tiros á los encargados de cobrarles la contribución.

Nuestro aplauso á esos valientes ciudadanos.

Un redactor del *Heraldo* ha celebrado una interview con el ministro de Hacienda.

Síntesis de las declaraciones de D. Amós:

—¡De un «revés aire» niveló yo los presupuestos!

Dos noticias:

«Ayer ingresaron en el Asilo de los Pobres, 102 hombres y 63 mujeres.»

El señor arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá, acompañado de sus familiares, ha salido para los baños de Ontaneda.

Decididamente, como dice Ceballos, el abogado de los padres de familia, hay una Providencia que ampara á los buenos.

Ni en la tierra ni en el cielo,

ni en el cielo ni en la tierra,

hay dos hombres de más suerte

que D. Amós y Aguilera.

*El Imparcial* ha publicado el retrato de D. Jaime de Borbón.

Y lo que dijo una chula al verlo:

—¡Redios! ¡Vaya un príncipe... silbante!

¡Pero esos concejales!

Tiene la palabra *La Voz Montañesa*, de Santander:

«Ayer el teniente alcalde, D. Ramón López Doriga, presidente de la comisión de Festejos, mandó recoger los libros de la biblioteca de *El Molín*, que se vendían en un puesto al aire libre, y clavándolos dentro de dos cajones, los mandó conducir, por dos barrenderos, dos guardias municipales y un cabo, al cuarto de la prevención.»

Hay que advertir que esos libros están autorizados con la firma de Zola, Daudet, Flaubert, Campoamor y otros autorcillos por el estilo.

Y todos ellos, en espíritu, han ido á la prevención.

¡Oh, inclito López!, ¡oh, benemérito Doriga, eres digno de ser concejal!

Se han repartido las entregas 1.<sup>a</sup> á la 5.<sup>a</sup> de la notabilísima obra *Historia de la cuestión social*, que ha comenzado á publicar el distinguido escritor, D. Francisco Pi y Arsuaga.

Ya nos ocuparemos de este libro con la extensión que se merece.

Precio de cada entrega (cuatro cuadernos) una peseta.

Se ha puesto á la venta el volumen primero de la biblioteca «Las páginas de oro», que bajo la dirección del inteligente periodista Sr. Muñiz de Quevedo, ha comenzado á publicarse en esta corte.

El primer volumen contiene varios preciosos cuentos de Guy de Maupassant y Julio Burell, y se halla de venta en todas las librerías, al precio de 20 céntimos.

Diego Pacheco, Impresor, Plaza del Dos de Mayo 5.